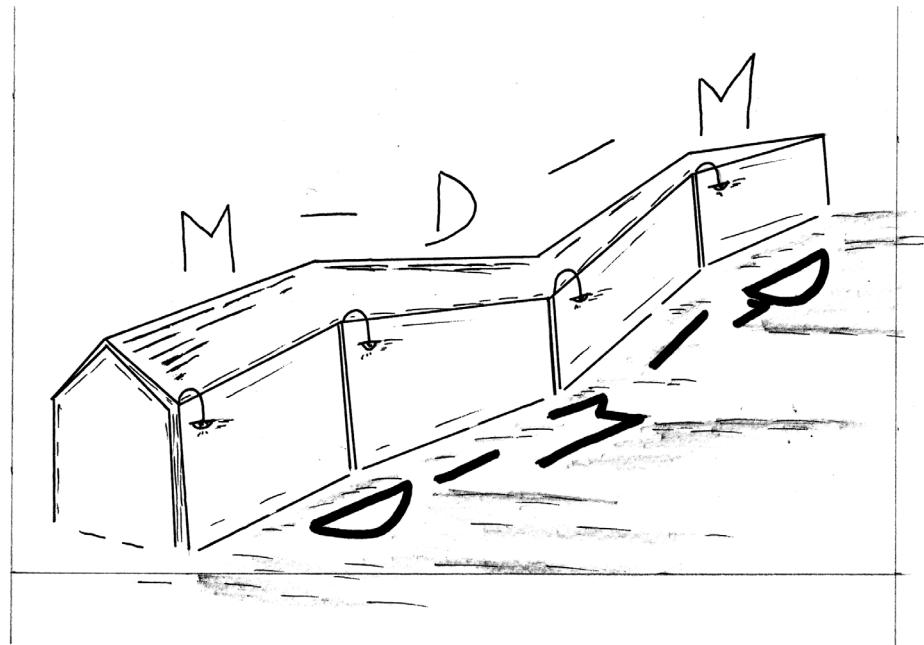


ENTREVISTA A DIEGO GUERRERO SOBRE UN RESUMEN COMPLETO DE *EL CAPITAL* DE MARX



105

*La entrevista que el lector tiene ante sí, es el resultado de las cuestiones que se le trasladaron a nuestro colaborador, Diego Guerrero, en relación al libro *Un resumen completo del Capital*, publicado en 2008 por Ediciones Maia. La introducción de este libro, a modo de artículo, pudimos leerla en el número 29 de nuestra revista y no fue esta la única vez en la que se hizo referencia a dicho libro pues en el número 32 pudimos leer una reseña sobre el mismo, realizada por Encarna Ruiz Galacho. A través de esta entrevista queremos aprovechar la ocasión para poder profundizar con el autor, en las interesantes cuestiones que en él aparecen y que sin duda podrán inducir a profundas reflexiones. Esperamos que les resulte útil e interesante a nuestros lectores*

LABERINTO: *Estando de acuerdo con que El Capital «es un libro para leer y estudiar», nos gustaría que nos hablaras de tu libro Un resumen completo de El Capital de Marx, en el sentido de si la gestación de este libro lo concebiste en el sentido: a) de realizar un resumen que no se había realizado hasta la fecha, esto es de cara a «la novedad absoluta», como bien dices; o b) pensando más en la coyuntura ideológica que atraviesa el pensamiento de Marx, o teniendo en cuenta más alguna otra cuestión relativa a la difusión de la obra de Marx.*

GUERRERO: Decidí hace unos años, 2005 o así, que iba a hacer una relectura completa de *El capital*, fundamentalmente porque hacía mucho tiempo que no lo leía de forma sistemática, sino puntual, y fundamentalmente porque tenía que refrescar la memoria y tener una idea

más cercana, reciente y acabada del conjunto. Una vez puesto a la tarea, me di cuenta de que la mejor manera de asimilarlo hasta el fondo era ir más allá del mero subrayado, ir escribiendo un resumen de las ideas principales. Y poco a poco la cosa fue tomando cuerpo y pensé que debía terminarlo y hacerlo público. De hecho, al terminar, lo colgué en Internet, donde ha estado expuesto públicamente durante años, antes de que la editorial Maia me ofreciese publicarlo en papel. En este momento decidí añadir los apéndices y demás, y corregir algo el aspecto formal inicial del texto, pero en realidad lo que estaba en Internet ya incluía una introducción con un resumen del camino intelectual de Marx hacia *El capital*, que hacía un abundante uso de los materiales del marxólogo americano Hal Draper.



LABERINTO: Tu Resumen ofrece una visión de conjunto de los tres tomos de *El Capital*, lo que sin duda es importantísimo para familiarizar a los lectores con la obra cumbre de Carlos Marx, además de unos magníficos apéndices, que demuestran saber y erudición en la materia. La cuestión que se nos plantea es conocer tu opinión respecto a la orientación, que a veces se ha tenido, de empezar por leer *El Capital* en directo, sin intermediarios, tal como fue traducido, casi siempre, o en alemán, para el que pueda.

GUERRERO: Creo que es importante hacer en algún momento una lectura completa, de principio a fin, de *El capital*. Siempre es bueno ir directamente a las fuentes, sin intermediarios. Pero puede ser duro enfrentarse por primera vez con Marx sin haber leído nada antes y dedicándose sólo a eso, sin un respiro. No me parece mal que, si no se conoce a Marx, se empiece por leer cosas breves y esenciales, que pueden ayudar a

106 la lectura de *El capital*, más que perjudicarla. O hacerlo simultáneamente. Me estoy refiriendo a libritos o folletos como *Salario, precio y ganancia* o *Trabajo asalariado y capital*, pero también al *Manifiesto comunista* o la *Crítica al programa de Gotha...* Tampoco están de más libros buenos sobre el propio *El capital* o sobre Marx, o de introducción a sus temas económicos, filosóficos, etc., pero escritos por otros autores. Pero aquí es importante hacer una buena selección; por eso me he esforzado en los apéndices en dar referencias útiles al respecto. Como veis, el programa es bastante ambicioso, pero es coherente con la finalidad de leer, y no sólo leer, sino estudiar *El capital*.

LABERINTO: Sería bueno que nos ampliaras la sugerente temática de las lecturas posibles e imposibles de Marx, y su deslindo en la filosofía y la economía que comportan una y otra.

GUERRERO: La expresión «lecturas posibles o imposibles» de Marx la tomé de Felipe Martínez Marzoa, cuyo libro *La filosofía de «El capital»* (Madrid: Taurus, 1983) es muy importante. El título de un artículo mío de 1996, «Un Marx imposible: el marxismo sin teoría laboral del valor», da una pista clara sobre lo que quiero decir. Quiero decir que incluso cuando se valora mucho la obra de Marx se puede discrepar en su interpretación –por ejemplo, acabo de escribir

una crítica del libro de Carlos Fernández Liria y Luis Alegre, *El orden de «El capital»* (Madrid: Akal, 2010) porque discrepo de su concepción de la teoría del valor de Marx–, pero hay que ser conscientes de que hay muchas lecturas posibles que serán bienvenidas si quien la hace está abierto a la crítica y no al dogma. El problema es el de aquellos autores que se creen por encima de Marx y de *El capital* sólo porque recurren a argumentos de autoridad, que es el método contrario a toda posibilidad de diálogo científico. En mi opinión, toda lectura de Marx que parta realmente de su teoría laboral del valor, que es la aportación fundamental de su obra de madurez, su filosofía a la vez que su economía, es buena cosa, y todo lo que se dirige a ponerla en entredicho, minimizarla o presentarla como incompatible con el resto de su obra, o como superflua, merece la pena considerarlo, al menos tendencialmente, como una lectura más bien imposible.

LABERINTO: No menor interés tiene conocer tu opinión sobre el por qué *El capital* no ha sido el libro de cabecera de los marxistas y los marxismos que tenía que haber sido.

GUERRERO: En esto intervienen varios factores distintos. Por una parte, el libro no es fácil y fue apareciendo a lo largo de un periodo muy dilatado. El primer volumen o libro de *El capital* se publicó en 1867, el II en 1885 y el III en 1894. Además, otras obras fundamentales de Marx aparecieron en el siglo XX y aun hoy faltan cosas por publicar. Incluso el primer volumen de *El capital*, que apareció en vida de Marx, se consideraba demasiado complicado y por eso surgieron pronto varios resúmenes dirigidos al lector más apresurado o menos iniciado. Marx comentó varias veces que había querido hacer un libro para la clase obrera, pero sin duda lo hizo pensando en el largo plazo, ya que un libro verdaderamente útil para los intereses del proletariado en ningún caso podía ser sencillo. Es verdad que no fue fácil de leer, y eso fue un precio que tuvo que pagar, pero a cambio es posible que ello sea inseparable del hecho de que esta obra sea de necesaria lectura casi siglo y medio después, y lo seguirá siendo siempre.

Por otra parte, muchos marxistas fueron propensos a realizar actividades prácticas para la lucha de clase a toda costa, incluso a costa de

Entrevista a Diego Guerrero sobre *Un resumen completo de El Capital*

no leer, o no leer suficientemente, al autor que daba nombre a sus partidos y sindicatos. Por eso, dicha actividad práctica corría el riesgo de irse separando progresivamente de las enseñanzas y planteamientos de Marx. Pero, sobre todo, hay un factor que puede parecer una *boutade* pero que es algo muy serio: el marxismo como ideología es anterior al pensamiento de Marx, o al menos la «recepción» del primero anterior a la del segundo. Cuando uno lee la obra de Marx, desde sus obras de juventud a las de la vejez, pasando por el *Manifiesto comunista* y *El capital*, se da cuenta de que su crítica incluía de forma preferente la crítica de otras corrientes socialistas, comunistas y no sólo del pensamiento de izquierda, republicano, etc., aparte del puramente burgués. Marx lo hizo muy bien en ese sentido, fue profundo, brillante y efectivo en sus críticas, pero era imposible impedir que en las organizaciones en las que participó y en las que dejó sentir su influencia (la *Liga comunista*, la *I Internacional*, el *Partido Socialdemócrata Alemán*) se difundieran esas otras ideas alternativas procedentes de los más diversos socialismos y comunismos, desde los más utópicos y fantasiosos a los más ingenuos o a los más repugnantes por exceso de pragmatismo arribista e incluso sus ansias por participar del poder. Marx criticó toda su vida a estos personajes y tendencias, desde Ruge, Weitling y Hess a Sismondi o Blanqui, y desde Proudhon y Lassalle a Dühring... e incluso a Bernstein. Entre todo el batiburrillo de ideas e ideales que se fue formando se llegó a una mezcla heterogénea de verdades a medias y falsas creencias que es a lo que el propio Marx llamó y criticó como «marxismo» con ocasión de su conocimiento de primera mano (una visita a París) del pensamiento y propuestas del sector del socialismo francés que se consideraba «marxista». Estos sectores se alimentaban de esas ideas socialistas y comunistas ajenas a Marx y conocían mal la propia obra de Marx, pero el prestigio intelectual de éste terminó haciendo posible que quienes defendían unas posiciones cada vez más alejadas de las de Marx se llamaran a sí mismos marxistas. Andando el tiempo, el problema se hizo cada vez mayor y surgieron múltiples tendencias que se quisieron afirmar políticamente autoproclamándose marxistas, y que llegaron

a etiquetar como marxista toda propuesta o concepción que provenía de los marxistas, empezando por ellos mismos...

LABERINTO: Sería muy interesante desarrollar la tesis de que Marx «es el creador de las ideas maduras del comunismo y del anarquismo», tal como afirmas, porque si lo primero ha estado siempre más o menos claro en los medios del marxismo revolucionario, lo segundo no lo ha estado en absoluto. Digamos que es un lugar común el contencioso histórico entre marxismo y anarquismo en cuanto se remonta a los tiempos de Marx y la ruptura de la Primera Internacional.

GUERRERO: Desde muy joven, Marx fue un crítico del Estado y del socialismo de Estado, y pensaba que comunismo significaba, aparte del fin de la propiedad privada capitalista y del trabajo asalariado, la abolición del Estado. Esto está ya muy claro en un artículo muy bueno de 1844, titulado «Glosas marginales al artículo

107

‘El rey de Prusia y la reforma social. Por un prusiano’», el famoso Anti-Ruge. En el *Manifiesto comunista* se señalan unas medidas que debe tomar el Estado en una fase de transición y luego todo el debate se ha centrado en la importancia de ese uso del Estado en el periodo transitorio hacia el comunismo, debate caracterizado porque en él se ha terminado identificando el anarquismo como la necesidad del paso directo del capitalismo y el Estado capitalista a una sociedad sin Estado. El problema es que de la misma manera que muchos marxistas se han separado de las ideas de Marx, el ideal anarquista ha estado mal representado por los llamados anarquistas. Proudhon y Bakunin no fueron anarquistas consecuentes, y Marx y Engels los atacaron por varios motivos, como ya se ve en *La miseria de la filosofía*, que es un ataque del socialismo prudhoniano, y también por la debilidad teórica de Bakunin y sus maniobras organizativas en el seno de la Internacional. La crítica de Engels a los anarquistas españoles, por ejemplo, es una crítica del absurdo ataque al «principio de autoridad» sin más (no digamos ya de su «federalismo», que quizás esté en la base de ese pernicioso elemento «nacionalista» que tan presente está en la izquierda española actual, incluida y sobre todo la marxista) de unos anarquistas que no sabían muy bien qué era el anarquismo,



o que pensaban, como Bakunin en Lyon, que el Estado se abolía por decreto. Pero el anarquismo de Marx es un anarquismo consecuente. En su opinión el Estado será siempre capitalista. Las medidas revolucionarias de un gobierno transformador que quiera acabar con el capitalismo y tome el poder del Estado para hacerlo serán todavía medidas de un Estado que seguirá siendo capitalista hasta que la sociedad deje de serlo. La famosa fase de transición pertenece al capitalismo y no se puede «vender» como socialismo. Sus medidas podrán ser revolucionarias pero si los revolucionarios no piensan en cambiar la sociedad hasta acabar con el enemigo y hacer que la sociedad no necesite ya del Estado ni de su Estado, hasta que la sociedad no se haga comunista el Estado seguirá siendo un mal que hay que combatir.

108 LABERINTO: Una cuestión que algunos lectores han echado de menos es la de que no le hayas dado énfasis a la célebre «transformación de los valores en precios», que tradicionalmente se ha considerado «el núcleo de las objeciones» a El Capital, tras la publicación del Libro III.

GUERRERO: Quizás hubiera sido necesario abordarlo en mi introducción. En cualquier caso, la clave del asunto es clara. Los críticos de Marx no han entendido o no han querido entender lo que éste estaba haciendo con la «transformación». Los críticos creen que Marx dejó la transformación «a medio hacer» porque no supo hacerla entera, para lo cual debía haber transformado no sólo la evaluación de los productos sino también de los insumos. Pero en realidad Marx estaba haciendo una «doble» transformación del valor de los insumos, pues no los evaluaba a los valores ni a los precios de producción sino al equivalente en trabajo de los precios de mercado. Se puede demostrar que cuando se entiende de esa manera, el planteamiento y la solución de Marx son coherentes y sus precios de producción convergen exactamente hacia los que resultan de un cálculo exacto que use los precios de producción para evaluar los insumos. Asimismo, las «invarianzas» de Marx se mantienen: sólo hay una tasa de ganancia y la suma de valor y de plusvalor se mantienen inalteradas cuando se cambia el patrón de evaluación.

Pero lo más importante es que los críticos de Marx ven la paja en el ojo ajeno y no ven la viga en el propio. Ignoran que la teoría del valor de Marx explica los valores y los precios absolutos, es decir las cantidades absolutas de trabajo y los precios monetarios de las mercancías, y no sólo los precios relativos, que es a lo que se limitan esos críticos. Por tanto, la gran repercusión del llamado «problema de la transformación» es una cuestión ideológica que se ha ido reforzando con el tiempo. Creyeron ver una falla en Marx, lo proclamaron a los cuatro vientos, y andando el tiempo todo el mundo se creyó autorizado a criticar la teoría del valor de Marx, incluso sin tener ni idea de lo que se trataba, pues la creencia está en el ambiente desde hace casi un siglo.

LABERINTO: En la Introducción aparece una referencia nada simpática a Lenin, cuando para tantos marxistas es considerado uno de los mejores o el mejor discípulo de Marx. Entendemos que la obra de Lenin: Imperialismo, fase superior del capitalismo, sacó del atolladero, por así decirlo, al internacionalismo proletario, después de la traición socialdemócrata y la bancarrota de la II Internacional. Y puso la liberación de los pueblos sometidos a los imperios coloniales a la orden del día. ¿Qué puedes decirnos?

GUERRERO: Que Lenin sea uno de los mejores marxistas no significa que sus ideas coincidan necesariamente con las ideas de Marx, aunque el propio Lenin pudiera tener razón al criticar a otros marxistas como más alejados aun de dichas ideas, que él identificaba con las suyas. Yo no estoy criticando aquí la valía de Lenin como revolucionario. Y como teórico tiene cosas buenisimas. *El Estado y la revolución* es un libro imprescindible. Pero su análisis de Sismondi, por ejemplo, no está a la altura del de Rosa Luxemburgo..., y su *Imperialismo* es francamente un libro malo. El imperialismo no es una fase del capitalismo, y el libro está redactado deprisa y corriendo, manejando muchas ideas de los economistas burgueses y con un interés más propagandístico y político que teórico y científico. Su amplia divulgación entre los leninistas y los marxistas en general ha sido también un factor negativo para la comprensión de la teoría del valor de Marx, y supone una vuelta a Dühring en ciertos sentidos. En vez de entender el ca-

Entrevista a Diego Guerrero sobre *Un resumen completo de El Capital*

pitalismo como un sistema que, aparte de explotador, se caracteriza por la ilimitada competencia entre las empresas, siendo el monopolio una excepción, y por la regulación económica a través de los precios de mercado basados en el valor-trabajo, lo que hay en ese libro es la idea de que el más fuerte impone su ley también en el ámbito de los precios. El mensaje es: en época de Marx había libre competencia y el capitalismo era competitivo, pero ahora, como ya no estamos en esa fase, las leyes de funcionamiento del sistema son distintas; y por la manera en que dibuja la situación, esas leyes se reducen a una: la violencia del más fuerte, y desaparece de la vista la ley del valor de Marx. Esto es lo mismo que criticaba Engels en *Dühring*. Marx defendió la tesis de la creciente concentración y centralización del capital, la tendencia a que la gran empresa desplazase a la pequeña (sobre todo porque la base técnica de la «gran industria» era diferente de la del periodo «manufacturero») pero de ahí no se deduce en absoluto que el proceso tenga que terminar en un monopolio; al contrario, conduce a una competencia y a una «anarquía capitalista» cada vez mayores.

LABERINTO: *Puesto que la temática del capital monopolista ha estado tan presente a lo largo del siglo XX, debido a la caracterización del imperialismo por Lenin, ¿en qué puntos radicaría su incompatibilidad con el pensamiento económico de Marx?*

GUERRERO: En parte ya lo he contestado, pero lo amplío. Para Marx, el monopolio era una forma característica de la economía precapitalista y del capitalismo anterior a la revolución industrial, por ejemplo el de la época mercantilista. La mecanización e industrialización de la producción ha impuesto una competencia entre las empresas capitalistas que él describe como una «guerra», una guerra sin cuartel. Se trata de lo que teoriza como «libre competencia de los capitales», y a veces los marxistas han interpretado mal esto, como si se tratara de una defensa del modelo neoclásico de la «competencia perfecta», que es todo lo contrario de la idea de Marx. Pero los neoclásicos también tienen su concepción del «monopolio», al que analizan también, como Lenin, como algo intrínsecamente negativo. El conjunto dicotómico contempo-

ráneo «competencia perfecta - monopolio» forma un sistema tan alejado de la teoría de la competencia de Marx como la dicotomía histórica «capitalismo competitivo-capitalismo monopólico» de Lenin. Hay que superar ambas concepciones y reivindicar la teoría de Marx.

LABERINTO: *Y otra pregunta: ¿No tienen que ver las desviaciones estatalistas de los marxistas más con los problemas de la dictadura del proletariado –o sea, de la transición del capitalismo al comunismo a cuyas experiencias hemos asistido a lo largo del siglo XX– que con la influencia ideológica del socialista Lassalle?*

GUERRERO: El socialismo de Estado tiene una larga tradición, al menos desde Fichte, Sismondi y algunos socialistas ricardianos hasta la Sozialpolitik y el socialismo cristiano, pero la figura de Lassalle tiene una doble importancia. Primero porque era el líder de uno de los dos sectores socialistas que se unieron en el partido socialista alemán en Gotha, con un programa criticado por Marx, por cierto, que achacó sus problemas y su oposición al mismo a la influencia de Lassalle. Pero es que Lassalle, al final de su vida, estaba negociando con Bismarck, el imperialista y capitalista Bismarck, un «socialismo de Estado» que consistiría en que los trabajadores debían prestar su adhesión al régimen y al gobierno a cambio de que este último fomentase las cooperativas de trabajadores y el crédito baratos gracias a bancos públicos que operarían en ese sentido. Es decir, hay una gran tradición de socialismo de Estado completamente ajena a cualquier idea de dictadura del proletariado. Pero es cierto que la cuestión de la dictadura del proletariado tiene que ver también con la del socialismo de Estado. Yo estoy a favor de la dictadura del proletariado y en contra del socialismo de Estado, y creo que tengo una posición anarquista y comunista al respecto inspirada en la que tenía Marx. Me explico, porque soy consciente de que lo anterior le puede parecer a más de uno un galimatías.

Que los gobiernos actuales nacionalicen empresas o bancos, que la política económica sea más intervencionista que menos, que pretenda poner «límites» al mercado, que sea más «social» que menos, o más favorable a ese engendro llamado Estado del bienestar, etc., nada



de eso reduce lo más mínimo el carácter capitalista del Estado. Si de lo que se trata es de una revolución anticapitalista que realmente vaya dirigida a dar los pasos necesarios en dirección al comunismo, está claro que deberá enfrentarse a una violencia organizada y una furibunda oposición por parte de quienes ven amenazados sus intereses vitales; esa necesaria guerra civil exige que los revolucionarios se apoderen del Estado capitalista para inclinar la guerra a su favor, pero siendo siempre conscientes de que la revolución o es mundial o no es y, por tanto, si ganan la guerra en un país tendrán que seguir usando un Estado que seguirá siendo capitalista hasta que la guerra no termine en todo el mundo. Y aunque la burguesía esté vencida en su país, el mundo seguirá siendo entonces capitalista y el Estado que ellos gobiernan también. Esto lo tienen que explicar a la perfección y no decir en ningún caso que han implantado un socialismo ni nada por el estilo. Implantar el socialismo es lo mismo que implantar el comunismo y eso sólo se hace cuando se adopta la medida anarquista de terminar con el Estado, pero no porque sí sino porque la sociedad ha terminado ya efectivamente con el capitalismo y con sus instituciones, incluido el Estado del que se apoderó la masa revolucionaria que ahora ha llegado a ese punto final.

En resumen, la dictadura revolucionaria del proletariado es necesaria pero no es socialismo, sino capitalismo todavía. Es el capitalismo de la masa revolucionaria que usa el Estado capitalista contra la burguesía. Pero sólo el fin del capital y del Estado, sólo el fin de la dictadura del proletariado, dará paso a la democracia no política y verdadera, al fin del «Estado democrático», al comunismo.

LABERINTO: *Es más, ¿puede leerse lo mismo El capital antes que después de las transiciones del capitalismo al comunismo, de los llamados socialismos realmente existentes a lo largo del siglo XX?*

GUERRERO: Como consecuencia de lo dicho antes, sería mejor no hablar de «socialismos realmente existentes», ni en el siglo XX ni en el XXI. Tampoco Cuba o Venezuela son socialistas. Yo estoy a favor de los regímenes actuales de Cuba y Venezuela pero no porque sean socia-

listas sino porque son anti-imperialistas y por tanto aliados del comunismo. Pero imperialista puede ser coyunturalmente hasta un Sadam Hussein. Hay que insistir en que los países citados no son comunistas ni socialistas, que es realmente lo mismo. Pero el Estado de los países del bloque soviético, o de Cuba, es un Estado capitalista y el modo de producción de esos países es capitalista, más en particular capitalista de Estado. La propiedad estatal es, según Marx, propiedad privada, ya que la propiedad no privada, la que supera realmente la propiedad privada es la propiedad del pueblo, no del Estado ni del partido que dirige una revolución ni de la burocracia instalada en el Estado capitalista, aunque lo fuera como resultado de una revolución anticapitalista que por definición debe quedarse a medias si no es universal y no se ha convertido ya en el comunismo. Creo que sería muy importante traducir un libro que aclara muchas ideas al respecto, de Paresh Chattopadhyay, un indio que trabaja en Canadá, titulado *The Marxian Concept of Capital and the Soviet Experience. Essay in the Critique of Political Economy* (Londres: Praeger, 1994).

LABERINTO: *En cuanto a la crisis capitalista actual, en qué medida consideras que refuerza el carácter científico de la teoría de la crisis de Marx, y cómo ves la actuación de los teóricos marxistas, en estos momentos que se suponen son los más idóneos para hacerse notar activamente en la crítica y la alternativa revolucionaria.*

GUERRERO: Marx pensaba que las crisis capitalistas se pueden desencadenar por una diversidad de factores, pero todos ellos deberían tener tal efecto desencadenante debido a la existencia de unas pautas intrínsecas de funcionamiento del sistema tales que cualquiera de esas circunstancias, obrando dentro de ese sistema, redundaría en una crisis de rentabilidad o crisis de sobreacumulación de capital. *El capital* y cada capitalista se ven obligados a crecer tanto como puedan, a acumular tan deprisa como sea posible, a superar cualquier obstáculo que se oponga a ello, como podría ser incluso un plan racional que pusiera límite a esos excesos, que pusiera un límite por ejemplo a la tasa de acumulación a nivel agregado. Y eso significa que al mismo tiempo que se expande la economía

Entrevista a Diego Guerrero sobre *Un resumen completo de El Capital*

se están poniendo las bases para su paralización más adelante. Por eso ambos momentos son igualmente necesarios. Porque la acumulación normal da paso a la sobreacumulación cuando cualquier factor –sea una desproporción en los ritmos sectoriales de crecimiento, un cambio brusco en los precios relativos de las mercancías, una burbuja de crédito o cualquier cosa, incluidas las crisis políticas o el azar– hace que los beneficios sufren una merma suficientemente importante. Si los resultados globales no concuerdan con el esfuerzo inversor realizado, la situación es de crisis para el capital porque la estrategia debe ser ahora paralizar la inversión y con ello la demanda, la producción, el empleo, etc. Así se forman los ciclos. *El capital* produce demasiado para lo que puede necesitar a largo plazo la demanda solvente, pero esto no significa que las crisis sean crisis de sobreproducción o de subconsumo; son crisis de rentabilidad que, al estallar, muestran a las claras efectos como la sobreproducción o el subconsumo, pero también desempleo, miseria, etc.

La crisis actual es una crisis de rentabilidad de este tipo, agravada por el hecho de que se ha intentado responder a las crisis anteriores de las últimas décadas con una sobreexpansión del crédito que contrarrestara las tendencias depresivas estimulando artificialmente la demanda. Esto hace que la situación sea especialmente grave porque al haber salido a la luz el exceso de endeudamiento ahora queda claro que no se puede salir de ésta sin invertir el camino, lo cual sólo puede ocurrir si las empresas, los individuos, los bancos y los Estados recortan su endeudamiento con todas sus consecuencias. Para ello, deben dedicar una parte de su renta a ese fin, dejando una renta menor para el consumo y la inversión, lo cual prolongará el estancamiento durante mucho tiempo, convirtiendo el efecto estimulante de la deuda en el periodo anterior en un efecto paralizante. La teoría de Marx sale reforzada porque muestra que las crisis tienen que producirse por mucho que lo nieguen los economistas y los premios Nobel. Ya en 2011 están creando la sensación de que la depresión ha pasado y volverán a llevarse el chasco de que no es así. No aprenden porque no pueden aprender, porque si quieren ganar dinero no pueden difundir las teorías que explican por qué

eso les va a costar cada vez más y, sobre todo, por qué todo el capital, que es trabajo que no se pagó en el pasado, debe volver a los trabajadores.

El paso de la comprensión correcta a la actuación correcta es muy complicado. La acción colectiva se tiene que basar en una comprensión colectiva. Ningún teórico marxista puede esperar que su influencia vaya más allá de muy poco. Sus interpretaciones son diversas y cada uno apenas pueden hacer otra cosa que contribuir haciendo su trabajo, cada uno lo mejor que pueda. Y lo mismo le pasa al resto de la gente: cada uno aporta como el que más. Y el que menos. Lo que deben intentar todos es mejorar, comprender cada vez mejor, estudiar la realidad. Afortunadamente, los hechos tienen en sí más importancia que las enseñanzas de los teóricos. La crisis de 2007-8 y la depresión subsiguiente son muy dolorosas pero también nos enseñan muchas cosas. Y lo que se debe hacer es mirarlas con atención, intentar profundizar en el problema, comprender. El sufrimiento que está generando y va a seguir generando esta crisis también dará que pensar. Y lo que hay que procurar es que la gente no se desvíe por falsos derroteros. La gente debe pensar, por ejemplo, que con unos sindicatos que se unen, en unos Pactos de la Moncloa-2, a un partido del capital y a un gobierno del capital que gestiona como nadie los intereses de las empresas heridas en sus beneficios, y que por ello también se convierten cada vez más en sindicatos precapitalistas, no se va a ninguna parte. Eso es lo que se puede hacer, contribuir a que las miradas vayan en la dirección correcta.

LABERINTO: Finalmente, quisieramos tu opinión respecto a en qué línea de desarrollo del pensamiento de Marx tendrían que moverse los marxistas hoy, para finiquitar el tópico de «la crisis del marxismo», con vistas, claro está, a la estrategia de transición del capitalismo al comunismo.

GUERRERO: El pensamiento de Marx está y estará vigente porque es un pensamiento materialista, realista, que procura mirar a las cosas como son y logra hacerlo con mucha profundidad, sabiendo ver más allá de las apariencias. Y se fija además en una parte esencial de la realidad que sigue siendo esencialmente igual hoy que en su época. Estudió y comprendió las leyes, las es-



tructuras y las relaciones que forman parte, hoy como ayer, de las sociedades capitalistas históricamente diversas y cambiantes. Por ejemplo, detrás de la apariencia de la crisis como crisis financiera, descubre que es la sobreacumulación en el sector real lo que está detrás de los flujos monetarios que atizan las burbujas inmobiliarias, de la bolsa o del crédito hipotecario... Un pensamiento así nunca estará en crisis. Pero la ideología de la crisis del marxismo le viene bien a mucha gente que paga por difundir ideologías contrarias a Marx y al marxismo. Les viene bien a quienes se oponen al marxismo simplemente porque ven sus intereses amenazados como propietarios privados. Les viene bien a los dirigentes de partidos que quieren ganar cuota

en el mercado electoral, donde la mercancía marxismo no se vende, y mantenerse en el poder político. O les viene bien a los dirigentes de unos sindicatos que, para ganar cuotas de ese poder, necesitan sustituir los restos de una influencia marxista con retales de otras ideologías que no estén en «crisis» sino «de moda». Así, tanto los partidos como los sindicatos citados estarán cada vez más liberados respecto de sus bases populares, mejor preparados para defender un socialismo desde arriba en vez de un socialismo desde abajo, para hacer referencia al estupendo folleto de Hal Draper, titulado «¿Qué es el socialismo desde abajo?», también llamado «Las dos almas del socialismo». Contra todo eso es contra lo que hay que luchar.